

Nunca es tarde si la dicha es buena

Mari Carmen Díez Navarro | Maestra de Educación infantil. Psicopedagoga. Formadora.
Escritora de libros pedagógicos y poéticos. España.
carmendiez.com

Esta primavera estuve en Cáceres impartiendo un seminario sobre lectura y escritura, y al terminar la segunda sesión una de las maestras me hizo llegar una carta. Se le había planteado una duda importante y quería saber mi opinión. Voy a intentar transmitir aquí nuestro intercambio porque me ha parecido un encuentro entrañable, dos personas hablando en torno a una inquietud, una maestra novel que pide a otra más experimentada algunas sugerencias a partir de sus vivencias y pensamientos, una reflexión en voz alta...

También me he propuesto contarlo porque creo que, aunque ella haya actuado desde sí misma, sus palabras pueden haber sido como una especie de emergente, una salida al exterior, portavoz de incertidumbres parecidas de otros maestros y maestras. Y, además, considero que los elementos de reflexión manejados pueden ser útiles a los docentes, y que nos vale la pena repensarlos y posicionarnos activamente en cuanto a cómo encarar con energía el reto de leer.

Las cartas

Estimada Mari Carmen:

Ayer asistí a tu curso como oyente, puesto que me coincide con otro. Pero después de escucharte a ti y a mis compañeros, y de sentir vuestra pasión por la lectura, me surge una duda muy difícil de confesar siendo como soy, docente:

¿Cómo puedo ser “buena maestra” si no soy una gran lectora?

Debo admitir que nunca nadie me ha contagiado la afición por la lectura. Actualmente el tipo de lecturas que consumo son aquellas que me aportan algo más que el mero placer de leer como, por ejemplo, información y formación. No suelo tener por costumbre la lectura continuada, solo cuando de verdad me atrae y me interesa.

Como maestra me considero una apasionada de mi labor, siendo la docencia mi mayor afición. Tengo la tutoría de 1º y 2º de educación primaria. Soy bastante creativa y contraria a las rutinas. Puedo crear un sinfín de actividades y juegos para enseñar la lectoescritura, pero... ¿cómo voy a fomentar el placer por la lectura si yo no lo tengo?

Además soy madre de dos niños de 8 y 5 años. El mayor con un nivel lector deficiente y el pequeño que me exige todas las noches que le lea un cuento, siendo mi reacción siempre dar un bostezo al comienzo de la lectura. Así que como madre me siento, si cabe, más frustrada que como maestra en esta cuestión.

El fin de este escrito es pedirte algún consejo para mejorar ante todo a nivel personal y que eso repercutiera profesional y familiarmente.

Un saludo y espero volver a escucharte la próxima vez que vengas a Cáceres.

Luz

Querida Luz, gracias por la confianza al contarme tus dudas. Mi respuesta se podría resumir así: “Nunca es tarde si la dicha es buena”. Piensa que, como tú misma cuentas, nadie te ha contagiado la afición por la lectura, esas han sido tus circunstancias de vida. Así que si ahora te surge esta inquietud, síguela a ver dónde te lleva.

Te voy a responder contándote dos historias que quizás te resulten significativas (para mí lo han sido). Recuerda que los antiguos médicos hindúes recetaban a quienes les pedían ayuda, la lectura de fábulas, mitos o historias para que reflexionaran y solventaran autónomamente sus dificultades. Por eso me atrevo a recomendarte las dos lecturas que siguen, para que las pienses y sientas su mensaje.

La primera de ellas viene relatada en la novela de Marie-Sabine Roger, *Tardes con Margueritte*, que se llevó al cine en la película¹ de Jean Becker, protagonizada por Gérard Depardieu y Gisèle Casadesus. Lo conté en este pequeño artículo:

«Hace unos meses vi una película de esas que resultan inolvidables, que hacen reír o llorar, que logran encender alguna chispa interna por su sencillez y su contundente y apasionado mensaje. La historia viene a contar los cotidianos encuentros en un parque de una pequeña ciudad francesa, de Germain, un hombre de treinta y tantos años, y Margueritte, una anciana señora de ochenta y seis. Coinciden en su afición de mirar a las palomas (seguramente buscando en ellas entretenimiento y compañía), y les ponían nombre, las contaban, comentando juntos sus ausencias o presencias. Sentarse en el mismo banco, acudir a las mismas horas y necesitar ambos escucha y amistad, fueron los detonantes del empezar a hablar, del contarse las experiencias y las soledades, y del sentir esos momentos como algo imprescindible.

De las palomas pasaron a los libros, que para ella eran su vida entera, y para él casi un instrumento de tortura, ya que en su infancia los había tenido como enemigos, por sus problemas para entender las palabras y por las burlas y descalificaciones que había sufrido de parte de su madre, de su maestro y de sus compañeros de escuela. Sin embargo, lo

¹ *Mis tardes con Margueritte*

que podía haber supuesto una rotura, curiosamente les sirvió de vínculo, y Margueritte empezó a leerle a Germain, despacio y con mucho entusiasmo, esas historias de otros, con las que él se identificaba tan intensamente, que parecía vivir y soñar lo que vivían y soñaban sus protagonistas.

Sin apenas darse cuenta, Germain comenzó a preguntarse por los significados y los matices de las palabras, a indagar lo que salía en los libros, a pelearse con los diccionarios y hasta a probar a leer en voz alta, a pesar de sus dificultades. Pasó ratos de desánimo y ratos de esperanza. Recordó los malos tragos del colegio y las ironías de sus amigos del bar acerca de su ignorancia y la simpleza de sus razonamientos. Pero, poco a poco, se fue dejando invadir por los relatos, que le llegaban revestidos del afecto de Margueritte. Y fue cambiando e ilusionándose por saber y disfrutar con todas aquellas nuevas historias que se presentaban ante él, escondidas en los libros, pero prestas a salir y derramarse, en cuanto alguien (¡incluso él mismo!) las convocara.

La historia transcurre fluida y hermosamente, llegando a un final en el que Germain hará de lector a Margueritte, que está perdiendo la vista por una enfermedad. La emoción que le supone a la anciana escuchar las lecturas de boca de su amigo, será para ella un regalo muy preciado, porque él no solo le devuelve la posibilidad de seguir oyendo sus historias favoritas, sino también le da el calor de su voz, su cercanía, y ese recién estrenado amor por las palabras que ella misma le ha contagiado. En el relato, efectivamente, hay mucho amor. Se ve en él que el hecho de contagiar nuestras pasiones, regalar una parte de lo que tenemos, poder prestar la voz y el alma a otros, puede significarnos un fuerte sentimiento de ser personas. Viendo la película yo me sentía atravesada por el recuerdo de tantos amigos que me han regalado sus palabras, sus ideas, sus comidas, sus paseos, sus sueños y sus cariños. Y me sentía afortunada por lo ya vivido, y por lo que aún me depararán el tiempo y las circunstancias, si sigo con la puerta abierta a conocer y a compartir.»



La segunda historia que te acompaño es un hecho real, que explicó en una magnífica conferencia mi amiga María Emilia López², escritora y directora de una escuela infantil de Buenos Aires. Si te fijas, ¡parece que te esté contestando a ti!

«La mayoría de los maestros, cuando llegan a trabajar en mi escuela, no han tenido muchas experiencias de lectura significativas. Pocos han leído poemas, o una obra literaria. La relación con los libros infantiles en la formación docente es escasa, podríamos decir que la lectura y la literatura, salvo en casos excepcionales, no son contenidos demasiado explorados. Por ese motivo, como responsable de la formación docente y de la gestión en general en el centro infantil, me resulta esencial crear situaciones que enriquezcan y amplíen el potencial poético de cada uno de los que estamos allí. Leemos mucha literatura, y no solo para niños. Leemos “porque sí”, entre comillas, es decir, leemos textos que no desembocan literalmente en el trabajo con los pequeños. Literatura para adultos, talleres de expresión corporal que no tienen intención de enseñar cómo hacerlo con los niños sino realizar experiencia estética propia, talleres de música. Experiencia artística como adultos. Y de todas esas experiencias, elijo contarles una que me conmueve especialmente.

² María Emilia López es especialista en educación temprana y en literatura infantil, escritora, directora del jardín maternal de la Facultad de Derecho (Universidad de Buenos Aires).

Todo comenzó a principios de 2009. Nuestra secretaria, quien se ocupa de realizar el pedido al supermercado cada lunes, estaba con licencia por maternidad y no había posibilidades de nombrar a alguien que la reemplazara. Por lo tanto, la directora (quien suscribe) debería realizar durante esos cuatro meses las tareas de la secretaria, entre ellas realizar el pedido de alimentos al supermercado. Así fue como cada lunes yo recibía el cuaderno en el que Mary, nuestra cocinera, hace la lista de los productos necesarios para cumplir con el menú que elaboramos.

Un lunes, agotada de esperar en la línea telefónica y agobiada por la música cansina de una grabadora, comencé a garabatear en el cuaderno de Mary un poema, tomando en cuenta los elementos de su lista y reuniéndolos con sus buenos atributos de cocinera y el agradecimiento por lo bien que nos alimenta. Tomates, batatas, huevos, mandarinas, pollo; de entre esos sustantivos nació un poema no tan breve. Al finalizar el pedido telefónico, le devolví a Mary su cuaderno sin decir una palabra.

El lunes siguiente, cuando abrí el cuaderno, me encontré con otro poema de respuesta. Era sumamente sutil, hablaba de mí, de la vida, de lo que compartíamos, y se atrevía a realizar comparaciones entre los olores de las frutas y algunos sentimientos. Durante cuatro meses, Mary y yo sostuvimos una conversación poética, sin decirnos ni una palabra por fuera de lo que leíamos cada lunes en el cuaderno. Un día, cuando faltaba muy poco para que volviera la secretaria, Mary se acercó y me dijo: –¿y ahora qué vamos a hacer?, –¿con qué?– le pregunté. –Con la poesía–. Le propuse escribimos un poema de despedida. Ella me escribió uno que se llama Pájaro azul, y del que casi nunca me desprendo; yo le escribí uno que se desparrahaba por los márgenes inferiores de todas las páginas del cuaderno hasta llegar a la última, como para que le durara mucho.

Ustedes tal vez se pregunten para qué sirve esta situación que puede ser anecdótica o un simple caso en esta conferencia. ¿Por qué me resulta significativa a mí? Porque Mary no había tenido oportunidades en su vida de ligarse a la lectura, no digo a la literatura, apenas a la lectura, proviene de un hogar muy humilde, su vida ha sido

muy esforzada, y cuando llegó a trabajar con nosotros ella consideraba que cocinar era su única tarea y casi mecánicamente. La poesía, la metáfora, el arte eran vivencias culturales y afectivas para las que creía que no tenía derecho, ni habilidades. Mary lee ahora a Olivero Girondo, a Juan Rulfo, a Onetti, a Sara Gallardo, a Whitman, a Morábito, a García Márquez. Es decir, su camino de lectura comenzó y no se detuvo más, se engrandeció, la tomó; ella dice que leer la hace más sensible, “estoy más buena –dice Mary– porque puedo entender mejor el alma humana cuando leo historias de otros”.

Pero esto no termina aquí. Desde hace un tiempo Mary está preocupada por sus nietos y su relación con la lectura. Ahora Sebastián, su nieto de cuatro años, tiene algunas dificultades en el jardín de infantes, no responde a las consignas, hace un poco de lío, lo notan muy disperso. Mary se preocupa, las condiciones de vida de Sebastián no son sencillas. Ella lo invita a su casa, se esfuerza por hacer algo compartido, pero el niño cuando llega a la casa de su abuela se prende a la televisión o a la computadora y toda posibilidad de diálogo se desvanece. Mary decide que va a comenzar a leerle cuentos, aunque al principio le cueste escuchar. Lucha los primeros días con el escaso tiempo de atención que Sebastián puede sostener, explora, investiga, cambia de libros, se hace preguntas. Unos días después Sebastián cede, comienza a concentrarse.

Mary estrena su proyecto “Biblioteca de abuela”, le ayudo a reunir buenos libros para su biblioteca, en pocas semanas Sebastián se convierte en lector, la espera ansioso cuando ella llega de su trabajo, cruza de su casa a la casa de su abuela con alegría, le pide más, comenta los libros, comienzan a conversar sobre la lectura. Hace pocos días, por primera vez Sebastián se durmió en el regazo de Mary escuchando un cuento, ella vino a contármelo emocionada. Dulce melodía subjetivante. También me cuenta que cuando hay chicos del barrio dando vueltas cerca de su casa los invita a entrar, les dice: –vengan que tengo libros–. Estoy casi segura de que en breve se va a convertir en la bibliotecaria del barrio y su casa en una biblioteca, en su barrio de calles de barro y techos difíciles los días de tormenta.

“La ocasión es una grieta en el tiempo, una brusca expansión del instante, una isla que obliga al agua del gran río fluyente a pegar un rodeo. Un pequeño brinco de libertad, un ensanchamiento del horizonte, un nuevo punto de vista. La ocasión abre el tiempo, lo fisura, dando lugar a que allí se construya sentido, se fabrique mundo, que es algo imprescindible para el humano. Lo nuestro son los mundos, no sabemos vivir sin ellos. Si no conseguimos fabricarnos los propios tomamos otros, ya hechos, y nos los calzamos o nos los encasquetamos de cualquier manera, como sea con tal de no quedar a la intemperie.” (Graciela Montes)

Nacer a lo poético implica aprender a crear mundos, nacer a lo poético nos habla del carácter inaugural de una relación con el lenguaje y con la vida misma en la que somos capaces de trascender lo dado, lo obvio, la supervivencia. Y no siempre se nace a lo poético en la infancia. A veces las vidas adultas encuentran ocasiones que rompen con lo fatal de un destino, que logran doblar lo previsible. Por esta forma de pensar la ocasión, la historia que Mary y yo construimos alrededor de un kilo de tomates y algunos huevos no me parece menor.»³

Hasta aquí mis intentos de respuesta reflexiva, Luz. Ahora te añado unas cuantas pistas de lo más corriente y casero.

Una es sugerirte que no pretendas alcanzar un máximo, que no vivas esta chispa nueva como una obligación, más bien quédate con ese deseo inquieto y travieso que empieza a asomar en ti.

Otra es que pidas a algunos amigos que te recomienden buenos libros. No cualquier libro, sino los que les hayan dejado huella, los que les hayan tocado adentro. Pueden ser cuentos, libros de pedagogía, novelas, poemas... Y empiezas por ahí, sin prisas ni exigencias, a tu propio ritmo, a tu aire. Eso sí, cuando algo de lo que leas te emocione,

atesóralo. Así podrás compartirlo, además de releerlo de vez en cuando.

Y una pista más con respecto a tus hijos, motor fundamental, creo, de tus incertidumbres. Piensa que si bostezas al empezar a leerle al pequeño por las noches puede ser porque estés cansada, o quizás porque te manejes mejor con la actividad que con la quietud, pero no porque le vayas a transmitir “malas vibraciones” con respecto a la lectura. Y también piensa que es posible que el mayor se anime a acercarse a las palabras al verte leer más a ti. Puedes compartir con ellos los fragmentos mejores, o podéis leer en voz alta algún diálogo, juntos, siendo cada uno un personaje, es muy agradable. Pero siempre despacio, siempre sin presiones.

Mucha suerte, Luz. ¡Averigua si esta puede ser tu ocasión...!

Mari Carmen

Me gusta que pasen estas cosas que me suponen un vuelco, una respuesta implicada, una especie de mediación.

Me gusta que coincidan los deseos, las dudas, las inquietudes, los sueños.

Me gusta que algo en mí se ponga en marcha y me haga relacionar una película, una conferencia, un libro, o un seminario, con una maestra, una amiga, una cocinera, unos poemas recientes y, sobre todo, con unos niños concretos, particulares, queridos, a los que se les desea lo mejor.

La maestra pensaba en sus hijos, la cocinera pensaba en sus nietos, yo en los míos, María Emilia en sus pequeños alumnos. Y es que tanto el hecho educativo, como el cultural y el social, solo funcionan auténticamente si lo que nos mueve es un amoroso pensar en otros.

Si queremos que, tanto para nuestros niños como para nuestros maestros, el recorrido hacia una lectura placentera responda al refrán que encabeza este escrito: ¡Que nunca sea tarde y que la dicha sea buena! 

³ LÓPEZ, María Emilia (2013): “Nacer a lo poético. La envoltura narrativa como derecho cultural de niños y adultos”. Conferencia de clausura del 16º Seminario Internacional de Fomento de la Lectura. “Palabras que zurcen. La lectura y la escritura en la recomposición del tejido social” (FILIJ 33), México.